# ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y VEJEZ DE LA PERSONA. PERSPECTIVAS ÉTICAS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Olegario González de Cardedal *

## INTRODUCCIÓN **

1. *Datos de estructuras y experiencias de persona*

2. *El sobresalto ante una situación masiva, repentina y no esperada*

3. *Perplejidad ante el futuro y reacción contra el presente*

4. *Una tesis interpretativa*

Todos los hechos humanos tienen una dimensión doble: acontecen en la exterioridad y sociedad, a la vez que le acontecen a un sujeto personal, con su vida interior, su proyecto de existencia y su horizonte de futuro. En unos casos prevalecerá la dimensión colectiva y exterior, en otros, en cambio, debe prevalecer la dimensión personal e interior; ambas, siendo diferenciables, son, sin embargo, inseparables. Envejece la población, pero quienes la forman no son piedras duras o

---

* Sesión del día 26 de enero de 1999.

** Estas reflexiones se apoyan sobre los datos empíricos ofrecidos en trabajos anteriores, especialmente en: J. M. SEGOVIA ARANA, *Biosociología del envejecimiento*. Discurso de recepción como académico de número. 27 de octubre de 1998 (Madrid, 1998). La perspectiva más estrictamente teológica la ofrecí en «Esperanza en el envejecer», en *Envejecimiento biológico y salud* (Madrid, Instituto de Ciencias del Hombre, 1986), reasumido en mi obra *Raíz de la esperanza* (Salamanca, 1995, 417-446); y en *Madre y muerte* (Salamanca, 1993).

árboles que dan hojas, sino personas que piensan, sienten, sufren, esperan, crecen en amor o decrecen en desamor. Los viejos son personas y no pueden ser considerados como objetos. Hace casi treinta años, S. de Beauvoir escribía: «La vejez se ha convertido en objeto de una política... no sólo los hospitales o los hospicios; toda la sociedad es un gran "moridero" para los viejos» [1].

Hasta ahora, otros colegas han desplegado sus saberes técnicos analizando las repercusiones económicas, políticas, jurídicas y sanitarias de ese fenómeno nuevo que designamos como envejecimiento demográfico. Partiendo de sus análisis, dándolos por supuestos y apoyándome sobre ellos, intento ofrecerles una reflexión de otra naturaleza. ¿Cómo afectan esos hechos nuevos a la vida personal en sus distintos niveles: biográfico, moral, espiritual, religioso? ¿Cómo es taladrado el destino de nuestros mayores que se han visto sorprendidos por unos hechos con los que no habían contado, teniendo que ejercer unos modos de vida que no habían aparecido en su horizonte y que contradicen los que ellos habían ejercido con sus padres y madres? ¿Cómo se comienza a vivir esa nueva situación moral y cuáles son los retos, tanto de naturaleza ética como de carácter educativo, que ella plantea a nuestra generación?

La cultura dominante en los últimos decenios se ha caracterizado por la prevalencia de lo público sobre lo privado, la primacía del bien público y de los derechos comunes sobre los viejos privilegios, sobre las convicciones personales, sobre las ideas privadas y sobre las convicciones intimas. De éstas se dice que son legítimas, pero que no podrán transgredir los umbrales de la propia intimidad. Los nuevos problemas nacen ahora justamente de la incapacidad de los sistemas sociales y políticos para resolver necesidades primordiales de la vida del individuo, que recaen sobre su prójimo; problemas que éste no quiere, no puede o no ha sido preparado para resolver. La convicción, alimentada en los últimos decenios, orientaba hacia el Estado y hacia las seguridades colectivas; él y ellas proveerían a la subsistencia por la pensiones, a las enfermedades por los seguros sociales, a la libertad por el Estado social de derecho, al futuro por el progreso incesante, a la enfermedad por la ciencia, que avanza cada día más y a cuyo poder trasformador nada escaparía en el futuro. Ahora bien, de pronto, inesperadamente y contra todos los pronósticos, esas esperanzas absolutas comienzan a fragmentarse, aparecen dudosas y algunas manifiestamente falsas. ¿Podrá responder el Estado de las pensiones o tendremos que proveer cada uno a nuestra sustentación futura? ¿Encontrarán la seguridad social y la medicina solución a nuestras enfermedades? ¿Alguien cuidará nuestros últimos años, cuando nuestro vigor físico decaiga, o quedaremos a mer-

---

[1] S. De Beauvoir, *La Vieillesse* (París, 1970). Trad. española, Barcelona 1983-1989.

ced de nuestra soledad, de la amenaza de un Estado que, sin los recursos necesarios para subvenir a todas las necesidades, establecerá primacías de urgencias, nos dejará morir para evitar gastos excesivos y, por una legislación ambigua o permisiva, acelerará nuestra muerte? Y a la muerte, que es el límite inexorable de la vejez, ¿quién proveerá? He aquí algunos de los interrogantes que se nos avecinan, y cuya gravedad moral es evidente para todo el que pregunte por el sentido de la vida humana e intente realizarla con dignidad personal.

No intento hacer una exposición exhaustiva de todos ellos, sino que me limito a la simple enumeración de algunos, ya que, en cuanto tales exigirían cada uno de ellos un largo y ponderado estudio. Queriendo orientar en una nueva dirección lo que han dicho los colegas que me han precedido y añadir una perspectiva complementaria, establezco la tesis siguiente:

*El envejecimiento demográfico actual, sin ser un hecho cualitativamente nuevo, acrecienta hasta el límite los problemas inherentes a la vejez personal, como estructura constituyente de la existencia humana, y dificulta hasta el límite su solución, retándonos al redescubrimiento de la dimensión ética y de la tarea pedagógica que ha de llevar a cabo cada sujeto personal ante la vejez como fase constituyente de la vida, ahora remitida a sus sólos y propios recursos.*

## EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN EN NUESTROS DÍAS

### Los hechos: su novedad cuantitativa y cualitativa

a) *Hechos sociales externos verificables*

b) *Mutaciones de conciencia interpretables*

c) *Precomprensiones antropológicas de fondo, que están operando*

Envejecer pertenece a la constitución del ser humano, de la que sabemos por experiencia directa y por reflexión filosófica. La manera de envejecer no es una constante, ya que las formas diferenciales de vivir y pensar, de establecer primacías en las fases de la vida, de iniciarla y consumarla, otorgan a cada época un perfil radicalmente distinto, llegando a inmutar la percepción profunda de la vida misma; la vejez misma se ha comprendido y vivido de manera diferenciada en cada época [2].

---

[2] Cfr. G. MINOIS, *Historia de la vejez. De la antigüedad al Renacimiento* (Madrid, 1989); L. SÁNCHEZ GRANJEL, *Historia de la vejez. Gerontología. Gerontocultura. Geriatría* (Salamanca, 1991).

Incluso se ha llegado a desencadenar la esperanza de que el hombre se instale en una perenne juventud, de que se elimine la vejez y de que la muerte desaparezca del horizonte. Teorías científicas, ideologías seculares, religiones y proyectos sanitarios, desde la reencarnación del alma a la hibernación del cuerpo, dan pábulo a una imaginación humana que subvierte las convicciones profundas del espíritu y quiere hacernos superiores a nuestra finitud, trascender el decaimiento que va anejo a todo crecimiento y apoderarnos del principio mismo de la vida, aniquilando la muerte. La utopías de una juventud y placer perennes acompañan la historia de la medicina y de la literatura, desde nuestro Arnaldo de Vilanova, con su obra *De conservanda iuventute et retardanda senectute,* hasta Aldoux Huxley, con su sociedad utópica en la novela *Brave new World,* de 1932 (traducción española: *Un mundo feliz).* Lo característico de nuestra situación espiritual es la mezcla de admirables logros científicos, que hasta ahora pertenecían al reino de la utopía, con hechos insuperables de la vida humana. Un ejemplo de nuestros días: el fármaco Viagra estaba pensado ya en sus posibles efectos en el libro citado de A. Huxley, bajo el término *soma* [3]. Ese logro, con su capacidad tanto de superar el dolor como de acrecer placer, ¿hace más fácil o más difícil el encuentro con un final de toda posesión, placer y poder? La filosofía y la teología se comprendieron a sí mismas como una ejercitación de la libertad para hacer capaces a los hombres de no ser vencidos por la muerte, recibiéndola no como una violencia infligida desde fuera, sino como una ejercitación realizada desde dentro. Y ese fue siempre el sentido de la ascética: compartir de antemano la renuncia con Cristo y por Cristo para asumir la muerte como Cristo y participar de su resurrección. Una vida cada vez más feliz y plena –si es que ella fuera pensable sin plantearse a la vez grandes cuestiones del sentido, del primer origen, del último fin, de la responsabilidad y destinación última de cada individuo– acerca con más recursos retardatorios al morir, pero ¿no torna más difícilmente pensable y más duramente realizable la muerte?

---

[3] La eterna juventud, el placer sexual, la despreocupación y la diversión continuas sucederían a lo que determinó la vejez en la concepción clásica (pensamiento, actitud religiosa, ocupación con las grandes cuestiones, abertura a la eternidad). He aquí un párrafo significativo de esa utopía, tras haber afirmado: «Sólo faltaba vencer a la vejez»:

*–Trabajo, diversiones. A los 60 años tenemos los mismos gustos y las mismas fuerzas que a los 17. Los viejos, en los pésimos tiempos antiguos, renunciaban, se retiraban, se entregaban a la religión, pasaban el tiempo leyendo, pensando, ¡pensando!*

*–¡Cochinos, idiotas!», decía para sí Bernard Marx, mientras se dirigía al ascensor.*

*–Hoy en día –he aquí el progreso–, los viejos trabajan, practican la cópula y no tienen tiempo que perder, ni un momento para sentarse a pensar; y si, por cualquier malhadada circunstancia, el tiempo produjese una grieta en la masa compacta de sus distracciones, queda el soma, el delicioso soma, del que medio gramo equivale a medio día de descanso, un gramo a un fin de semana, dos a una escapada por el Oriente magnífico, tres a una sombría eternidad en la Luna; y al retorno se hallan al otro lado de la grieta, sanos y salvos en la tierra de los trabajos y diversiones cotidianas, corriendo de cine sensible en cine sensible, de chica en chica neumática, de campo en campo de Golf Electromagnético. Un mundo feliz. Capítulo IV, final.*

Una mirada a las tablas de esperanza de vida vigentes en España a comienzos y finales del siglo xx muestra la inmensa conquista que han supuesto una alimentación, una higiene, una medicina preventiva y una convivencia social que han incrementado la duración y la calidad de la vida, el valor y la esperanza de la persona. La vida se prolonga, la persona se reafirma y, sin embargo, la última felicidad queda pendiente de otras variables que pueden ser condicionadas, pero que no son directamente dependientes de esos hechos externos. Y, sobre todo, retrasada pero inexorable, aparece la consumación de la vida con el sello de la muerte. Hay, por consiguiente, una suma de innovaciones radicales que son admirables exponentes de esa capacidad creadora que le fue otorgada al hombre, por ser imagen del Dios creador, junto a problemas nuevos que surgen y a problemas perennes que no parecen tener solución en el orden de la eliminación directa, aun cuando sí la puedan y deban tener en el orden de la integración, interpretación y asunción a la vida personal.

Recordamos sólo algunos de esos factores nuevos: el crecimiento masivo e inesperado de la población anciana, el decrecimiento de la natalidad, la prolongación de la vida, la anticipación de la jubilación, la mutación de la organización interna de la familia, la incorporación de la mujer al trabajo, la juvenilización de la vida otorgando primacía a las predilecciones que impone la concentración y la valoración supremas de la potencia física, genesiaca y placentera correspondiente a esa fase pujante de la vida, la ruptura con la tradición anterior y el paso mayoritario a los puestos de poder de las generaciones jóvenes, la depreciación de las convicciones, valores y creencias vigentes durante siglos, de las que se ha alimentado gran parte de la población mayor de cincuenta años, y que ahora han quedado desplazadas, rechazadas o negadas como falsas; abriendo así un abismo axiológico y ético entre la población; la operatividad de la idea del progreso incesante, que lleva a situar todo lo valioso en el futuro y a mirar al pasado como mero peldaño de salto a lo conquistable; la voluntad de poder como afirmación ilimitada de las capacidades y necesidades del sujeto individual que no reconoce límites y que, por tanto, instaura su necesidad y poder como metas supremas, sin que la voluntad de servicio y la responsabilidad para con el prójimo tengan capacidad para inducirlo a recortar, reorientar y condicionar su vida por la situación de los demás.

Cuando hablamos de hechos, es urgente percatarse de que con esta palabra hay que abarcar no sólo los hechos económicos, políticos y sociales, sino también las convicciones de conciencia, las mentalidades colectivas, las actitudes éticas, las creencias religiosas. Ellas operan primero de manera silenciosa, pero, como las olas del mar, van limando los acantilados y somueven como las corrientes las casas al lado de los ríos, hasta amenazar los fundamentos y terminar con esas cons-

trucciones. No se puede comprender lo que está aconteciendo en nuestros días sin recordar a Comte, Feuerbach, Darwin, Marx, Nietzsche, Freud, para nombrar sólo a algunos de los padres fundadores de la conciencia social en el siglo XX. Toda economía, toda política y toda revolución social tienen debajo una comprensión antropológica. En el caso de la economía, se puede operar con el principio de Darwin: la lucha y afirmación del más fuerte frente al débil; o se puede operar con el principio del Génesis 4,9: «Tú eres el guardián y responsable de tu hermano». En esa línea, se puede actuar con la actitud de Marx: «Del otro según sus posibilidades y según sus necesidades» o con el principio de Nietzsche: «Voluntad de poder y afirmación absoluta del robusto, sano y rubio, frente al enfermo, débil y de otra raza». Se puede partir de la convicción según la cual cada prójimo tiene que afirmar su vida en el tiempo; que éste es breve y que hay que arrancarle el máximo placer y poder para uno mismo; o, por el contrario, se puede partir de que vivir es desvivirse, que la vida sólo se gana dándola y sólo se logra perdiéndola, mientras que el retenerla es malograrla, y quedarse con ella para degustarla es verse reducido a la última soledad, que es un anticipo de la condenación. Desde los textos del Evangelio de Jesús en el Nuevo Testamento a la poesía de Antonio Machado alienta la convicción de que quien retiene su vida la pierde, mientras que, por el contrario, quien la entrega en servicio a los demás la gana.

*Moneda que está en la mano*
*quizá se deba guardar;*
*la monedita del alma se pierde si no se da*[4].

En otro orden, tendríamos que recordar lo que caracterizó a los mejores españoles en el siglo de oro, para los cuales la forma verdadera de vivir para sí fue desvivirse por los otros[5]. Con todo esto sólo quiero decir que en la situación contemporánea influyen los hechos de naturaleza cuantitativa, verificable inmediatamente, junto con principios de conciencia y de convivencia, que sólo pueden ser comprendidos primero y reorientados después si dirigimos nuestra mirada al fondo de la vida humana, a las vivencias íntimas que aparecen más en la literatura profunda que en las estadísticas, en los reversos y reacciones colectivas que en las declaraciones públicas de los dirigentes sociales y políticos.

---

[4] A. MACHADO, *Poesía y prosa* (Madrid, 1989: II, 470).

[5] «Come, Sancho amigo –dijo Don Quijote–, sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. *Yo, Sancho, nací para vivir muriendo,* y tú para morir comiendo». CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha,* II, LIX (la cursiva es mía).

Cfr. A. CASTRO, *La realidad histórica de España* (México, 1971: 80-81). Prolongamos en esta dirección lo que el autor apunta en sentido negativo.

Éste es el hecho fundamental: la población ha envejecido de manera tan masiva y acelerada que no estamos cualificados técnicamente, programados económicamente y dispuestos moralmente para cuidar a las generaciones que envejecen, y que se van a sentir rechazadas y denegadas en sus esperanzas fundamentales, y con ello contradicha en lo que había sido la orientación de su vida: la reciprocidad en el don y en el servicio. Me permito subrayar que es un hecho de naturaleza múltiple y que, por tanto, reclama soluciones en muchos órdenes.

## Los problemas morales resultantes

a) *El reto y la respuesta*

b) *La emancipación: consecuencias positivas y negativas*

c) *La mutación de fondo en la estructura familiar*

d) *La inversión de la pirámide demográfica*

e) *Acortamiento del trabajo y prolongación de la vida*

f) *Envejecer fuera de la familia en pobreza o soledad*

g) *El nuevo entorno de servicios: extranjeros, negros, musulmanes*

h) *La represión social de la muerte*

Tendríamos que analizar con alguna perspicacia los distintos factores que están influyendo en la situación nueva, ya que es la confluencia de todos ellos la que crea dificultades. Pero quisiera dejar claro que, como toda situación histórica de carencia y dificultad, es un reto al hombre, y que el desenlace de este destino depende de la respuesta que él le dé. Antes de que Toynbee formulara su teoría historiográfica del reto-respuesta y de que Ortega afirmase que el hombre es la única especie capaz de superar cualquier desafío, vencer en cualquier medio y habitar en todo el planeta, Hölderlin había escrito:

> *Wo die Gefahr liegt, das wächst das Rettende auch*
> («Donde crece el peligro, allí abunda la salvación») [6].

Los factores desconocidos hasta ahora eran la longevidad colectiva, la jubilación en la mitad de la vida y en el momento de plena capacidad creadora, una natalidad que ya no es capaz de prolongar la vida anterior en igualdad ni siquiera

---

[6] H. HÖLDERLIN, *Werke, Briefe, Dokumente* (Munich, 1977: 177).

de corresponderla en su atención, la multiplicidad de divorcios y separaciones que crean distancias, rupturas e incapacidad para la atención recíproca, la absolutización de la vida individual, que hace impensable que una persona pueda renunciar a su proyecto personal para atender a otra, recortar sus posibilidades profesionales, de placer, de viaje o tiempo libre con el fin de que otra tenga algún respiro mayor y se sienta en casa propia; la ruptura de generaciones entre padres e hijos; la independencia económica de cada hombre por relación a sus antecesores, de los hijos respecto de los padres, de las mujeres respecto de los hombres y de las esposas respecto de los esposos. Ya no rigen relaciones de dependencia económica ni de prestigio social que obliguen a unos a estar bajo otros. Este hecho es un inmenso logro histórico que hay que celebrar, pero lleva consigo la necesidad de reorientar las relaciones y colaboraciones humanas, de forjar una nueva educación moral que posibilite realizar por gratuidad y amor lo que antes se hacia por indigencia o dependencia. El peligro moral anejo a muchas conquistas de la historia y de la ciencia no nos puede llevar a negarlas, pero tampoco a ocultar sus efectos o a dejar sin solución los vacíos creados. Este entretiempo, donde ya no rigen los hechos establecidos desde siglos y aún no han surgido los nuevos valores e instituciones de solidaridad y de servicio, es lo característico de nuestros días. La voluntad de justicia ha desplazado a la caridad y el voluntariado a la entrega religiosa. Esperemos que sea un enriquecimiento complementario y no una alternativa esquilmadora.

Sobre ese fondo, la fase de la vejez aparece con otras determinaciones externas, que condicionan en su raíz el proceso vital del envejecer. Ha cambiado el presupuesto vigente en las generaciones anteriores: los padres atendían incondicionalmente a sus hijos, en la convicción de que, a su vez, ellos serían atendidos incondicionalmente por éstos. Los hijos se sabían atendidos por su padres, en la convicción de que, a su vez, ellos deberían atenderlos en su ancianidad. Esos dos puntos, que como focos de la elipse de la vida la han iluminado y han sostenido la solidaridad de fondo, se han desconectado en nuestra generación. La aparición, cada vez más frecuente, de familias sin hijos o con un hijo único difuminará y finalmente hará desaparecer la idea de fraternidad, que se funda en la procedencia de los mismos padres. El hogar, la familia y los cercanos ya no son el soporte de afirmación en la vida ni ofrecen la confianza que arranca al futuro aquella inseguridad que surge cuando el individuo ya no es capaz de afirmarse y defenderse a sí mismo. Porque éste es el determinante esencial de la vejez: perder fuerzas, no poder valerse por sí sólo, quedar a merced de los demás, existir desde la benevolencia y atención, desde la distancia o desatención del prójimo. Lo que constituye el origen radical de la existencia, »ser engendrado por otro», se repite en el final, «ser con la ayuda de otro», que nos cuida o descuida, afirma en la vida o induce a la muerte.

Las dos preguntas supremas en las que se cifraba la identidad escatológica del hombre en los últimos siglos eran estas dos: «¿Quién soy yo?» y «¿qué va a ser de mí?» Ellas se recrudecen hoy hasta el extremo, al desaparecer la familia y el prójimo que nos identifican como progenitor, compañero, hijo, hermano; y al no tener garantía social de que alguien va a proveer a nuestro destino cuando éste sea desvalido, desfalleciente, inútil o incluso degradado por la enfermedad o la locura.

La inversión de la pirámide demográfica comienza a suscitar fantasmas que en no pocos casos son ya realidad: envejecer en pobreza, envejecer en soledad, envejecer en distancia familiar, envejecer en desamparo. Ese desamparo del envejecimiento actual va acompañado de otros factores que lo intensifican. Un alto porcentaje de la población vive donde no ha nacido, pertenece a una clase social a la que no pertenecían sus padres, comparte unas convicciones sociales que no eran las de su clase, vive una fe o una increencia distinta de la de sus mayores. Esas emigraciones, trasterramientos, cambios sociales y religiosos añaden un factor de inseguridad, riesgo y desesperanza al proceso de envejecimiento personal. Las distancias regionales, de cultura y tradición, de ritmos y ritos, pueden llevar consigo grandes trastornos de conciencia y grandes sufrimientos personales [7]. Envejecer sin familia, envejecer sin fe, envejecer sin las tradiciones consabidas que otorgan confianza, envejecer sin esperanza de que pervivan los ideales religiosos, patrióticos y morales en los que se creció y por los que se trabajó: todas ellas son determinaciones negativas que acompañan hoy al envejecimiento masivo.

Envejecer donde crece y se afirma la vida es una fuente de dignificación propia, de confianza en el futuro, de sentido de eternidad por los frutos, las obras y la especie. Cuando la vida alrededor abunda, uno olvida la propia muerte. Envejecer en un instante en que los últimos años han alterado, cuando no destruido, la vida y la cultura rural, el universo simbólico, mítico y religioso que acompañó ritmos y estaciones, y comprobar que, a la vez que muere ese pasado, el futuro alternativo no nos reconoce a los anteriores, ni nos ayuda a morir en compañía: ese es uno de los dramas supremos de la España contemporánea. Pero este drama no afecta sólo a la población de origen rural, que, trasladada a las grandes urbes, lo sufre con especial dureza, o que, permaneciendo en su aldea, se siente desasistida de un entorno gozoso y creciente. Afecta también a la población urbana, burguesa, rica, que pensó su muerte como la de sus abuelos, aconteciendo en el seno de la familia amplia y acogedora, con un entorno solemne y celebrativo donde el padre da consejo, hace encargos, otorga bendición y se despide en paz, camino del

---

[7] He analizado este hecho, que denomino «trasterramiento», en *España por pensar. Ciudadanía hispánica y confesión católica* (Salamanca, 1985).

viaje último. Todo el escenario ha cambiado: ese hombre rico y con hijos vive hoy recluido durante sus últimos años en un asilo lejos de la ciudad, solo, aun cuando visitado con regularidad, cuidado con tanta educación como distancia, con tanto lujo como insensibilidad profesional. No podrá acusar a nadie, porque tiene de todo. Sus hijos e hijas le llevarán todas las cosas, desde juegos a instrumentos informáticos, para estar al día de todo. Pero lo único que él necesita –compañía personal y cercanía diaria de los suyos– no lo tiene. De ahí nacerá un resentimiento vital profundo, una nostalgia absoluta para lo antiguo, un secreto desprecio a lo nuevo, e incluso a cuanto él mismo propició en la existencia. ¿Valió todo la pena para terminar en esto?

Las generaciones nuevas, al ver en sus padres o abuelos ese final, ¿cómo reaccionarán? ¿Con escepticismo y acritud ante tal final desesperanzado? ¿Con un frenesí de egoísmo, que incita a agotar todo placer, poder, juventud y deleite mientras se es joven? ¿O quizá con una reflexión más honda que ayude a reorientar la vida desde la generosidad, la renuncia, el don, la más dadivosa prolongación de la existencia en los otros, engendrando más vida y dando más convivir a los demás? ¿Descubrirán quizá que el precepto bíblico de *honrar* padre y madre implica mucho más que la visita semanal, porque el honor y la honra pasan por el dinero y el tiempo, pero incluyen mucho más?

La distancia generacional añadirá nuevas insatisfacciones y desencuentros. Me limitaré al orden religioso para poner de relieve con un ejemplo los cambios y diferencias con que una persona puede encontrarse al fin de su vida respecto de cómo ha crecido, y de lo que ha creído desde su infancia y ha vivido a lo largo de toda su existencia. Imagínense hoy, en una residencia de doscientas personas, a un anciano de 90 años, atendido por un médico, un sacerdote, una religiosa y una asistenta social de 25 años. ¡Qué abismo de diferencia en el tono vital, en el lenguaje, en la sensibilidad! La persona puesta en juego, aquel poder del corazón que traspasa las palabras para otorgarles verdad suprema y el poder mismo de los actos sacramentales serán capaces de llegar donde las distancias parecerían hacerlo imposible. Pero esto supone un inmenso esfuerzo por ambas partes. Añadan lo que supondrá que a partir de los próximos decenios el personal de servicio pudiera ser de otra raza y otro color, de otro continente y otra religión. El Magreb, de tez oscura y religión islámica, está a la espera de desembarcar en España, y la caída de la población por nuestro lado y la pobreza por el suyo harán inevitable el desembarco, aun cuando no haya ningún don Rodrigo traidor[8].

---

[8] Entre la bibliografía inmensa que existe ya sobre esta cuestión, cfr. J. J. DE LA GÁNDARA MARTÍN, *Envejecer en soledad. Repercusiones psicopatológicas de la soledad en los ancianos* (Madrid, Edito-

Me permito concluir esta segunda parte con dos testimonios: uno de mi colega, profesor de moral, J. R. Flecha y otro de Romano Guardini. El primero escribe:

*La llegada de la ancianidad es vista en nuestra cultura con una mezcla de miedo y de recelo. Miedo por parte de la persona que avanza en años y va descubriendo, por una parte, sus múltiples limitaciones y, en consecuencia, su mayor dependencia respecto de los demás . Y recelo por parte de los que rodean a la persona mayor, que temen perder también una parte de su independencia al verse obligados a prestarle más tiempo y mayor atención*[9].

R. Guardini, en plena madurez, a la vez que habiendo hecho la experiencia de lo que fue la depreciación de la vida y la persona durante el régimen de Hitler, con programas de eugenesia y de eutanasia, escribe:

*En aquellos pueblos de alta cultura, especialmente en aquellos que se encuentran bajo las escalas de valores de la Revelación bíblica, la ancianidad tiene un carácter de dignidad que procede de fuentes religiosas. El cuarto mandamiento de la Ley de Dios ha producido una ética del respeto que ha tenido vigencia durante mucho tiempo. En la experiencia de la Edad Moderna palidece este carácter. En el siglo XX, el sentimiento dominante identifica la vida de pleno valor con la vida joven.*

*A partir de ahí, la práctica del nazismo encontró una «solución» al problema, que era pura barbarie materialista. Por el momento se ha superado; pero sus presupuestos anímicos, junto con los hechos a que trataba de aplicarse, siguen persistiendo y cada vez se hacen más enérgicos. Como se puede decir también, sin ser sospechosos de pesimismo, que decae la valoración de la persona en cuanto persona, que con la creciente cifra de la población y con la técnica social más desarrollada cada vez se hace más desenfrenado el «manejo» del hombre, entonces, no se puede estar muy seguro de que esa «solución» no volverá en forma más disimulada o más refinada*[10].

Los problemas sanitarios, las propuesta legales, las actitudes de algunos gobiernos, la actitud «compasiva» (¡!) de ciertos médicos y enfermeras ante enfermos terminales, practicando una eutanasia activa, unas veces por petición y otras sin conocimiento de los interesados; todo ello muestra cómo el temor de Guardini a una amenaza –depreciación y puesta en peligro de la vida personal– estaba fun-

---

rial Popular, 1995); E. ANZOLA y ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD, *La atención de los ancianos, un desafío para los años noventa* (Washington, 1994).

[9] J. R. FLECHA, «Los mayores, una responsabilidad ética», en Varios, *Aprende a envejecer* (Salamanca, Vida ascendente, 1996: 9-27, cita en 9).

[10] R. GUARDINI, *La aceptación de sí mismo-Las edades de la vida* (Madrid, 1970: 118-119). Existe una edición nueva: *Las etapas de la vida* (Madrid, 1998). Yo cito siempre por la primera.

dado. Lo que él anunciaba entonces como un peligro posible, hoy hay que denunciarlo como una amenaza real.

Podemos estar ante una época donde comiencen a crecer el miedo frente al Estado, la desconfianza frente a sus instituciones sanitarias, ante los familiares y ante el médico mismo. ¿Quién nos asegura que el Estado no nos va a desatender ante otras necesidades más urgentes y ante los cuidados debidos a vidas más jóvenes, prometedoras y rentables? ¿Podemos estar seguros de que enfermeras y otras personas no se sentirán movidos a aligerar su trabajo o nuestros sufrimientos y decaimientos finales, resolviéndolos con una inyección letal? ¿No está surgiendo una medicina que, en disconformidad absoluta con su misión de cuidar la vida, ya no se detiene ante la muerte, y que a la vez designa eufemísticamente ese homicidio con el nombre de eutanasia? Estos hechos ¿no provocarán en algunos la idea de que antes de que otros decidan sobre nuestro destino será mejor decidir sobre él por nosotros mismos? El suicidio de los pobres, abandonados y solitarios comienza a parecerles a algunos como una salida más honrosa que la soledad, la marginación o el abandono. La duda o desconfianza que surgen entonces sobre la bondad de los hombres ¿no dificultará también la confianza en la bondad de Dios? ¿Se sentirán los hombres y mujeres inclinados a abandonarse incondicionalmente a Dios cuando tienen que ejercer cada vez más reservas ante sus prójimos? ¿No está teniendo lugar una situación que es absolutamente contraria a todo lo que prevaleció en nuestro horizonte europeo siempre? Aparecen ahora la trivialización de la muerte, la preferencia por que acontezca en el sueño, sin sentirla y sin saber que viene, anulando así la última responsabilidad y privándonos del supremo ejercicio de la libertad, que es tomar la muerte, lo mismo que la vida, en propia mano para poder retenerla o entregarla ofrendándola en libre e íntima decisión.

Mientras que la actitud cristiana fue contar con la muerte como un hecho real, vivir como si pudiera sobrevenirnos en cada instante, pedir a Dios que nos diera tiempo para prepararnos a ella, rezando con las letanías de la buena muerte: «*A subitanea et improvisa morte libera nos, Domine*» («Líbranos, Señor, de una muerte repentina e imprevista»), hoy en cambio hay una represión social de la muerte, un encubrimiento sanitario, una especie de pudor para hablar de ella y una incapacidad generalizada para consolar de ella a los vivos. El ideal es no pensar en ella, no vivir su espectáculo y que nos sobrevenga en el sueño. Se ha desplazado el polo primordial de la vida: se desea que la muerte nos mate, en lugar de ser nosotros mismos quienes la ejercitemos como suprema forma del vivir. Es propio del ser humano, espiritual y libre, que, independientemente de por qué le maten, él siempre pueda determinar por qué, para qué y, sobre todo, delante de quién quiere morir.

Extrañamente, en Occidente asistimos a una represión social de la muerte porque, al haber perdido el horizonte de fondo, no sabemos dónde situarla, cómo entenderla, ni cómo llorarla. Cfr. A. Mitscherlich (*Die Unfähigkeit zu trauern,* Munich, 1967). Hemos llegado a una situación en la que sin palabras últimas no son posibles lágrimas primeras, sin horizonte de consuelo final no es posible siquiera el dolor que descarga y el llanto que abre a una humanidad llagada el camino del futuro.

La represión social de la muerte va históricamente junta con la represión biológica de la vida humana. Es quizás el fenómeno moral más grave de Europa: la negación a continuar como don lo que se ha recibido como don. La vida es constitutivamente recepción y don, aceptación y trasmisión ¿Qué trasformación profunda ha tenido lugar para que se la convierta en posesión y retención exclusiva, y no fluya agradecidamente en agradecimiento creador? Un continente que se niega a generar está renegando de su propia existencia o elevándose a la soberanía absoluta, al rechazar el encargo de prolongar en otros seres personales la vida. Es la nueva forma de apropiación de la realidad que, en el principio, el Génesis designa como el pecado de Adán: apropiársela en mero placer, sin dejar que el amor fluya hacia el universo entero y hacia la humanidad futura. Nadie mejor que G. Torrente Ballester ha interpretado el pecado original como la negación de la universalidad del amor y la retención del gozo como posesión particular, en el *Poema de Adán y Eva* incluido en su novela *Don Juan.*

**Los diversos planos e instituciones de las soluciones**

a) *Sociales: instituciones de acogida, atención en familia*

b) *Jurídicas: legislación laboral y años de jubilación*

c) *Económicas: importe de las pensiones y actualización*

d) *Éticas: la vejez en el proyecto vital, sentido y límites*

e) *Pedagógicas: tomarla en propia mano y aprender a ser por sí*

f) *Religiosas: horizonte de eternidad, relación con Dios, oración*

g) *Eclesiales: integración en la trasmisión de la fe y acción*

¿Qué soluciones podrían pensarse para estos problemas? Habría que buscarlas en correspondencia directa con los diversos aspectos implicados en este complejo fenómeno del envejecimiento demográfico. Hay que pensar en soluciones laborales, sociales, sanitarias, morales y religiosas. La mayor parte de ellas han

sido esbozadas en trabajos anteriores. ¿Es posible prolongar la edad de jubilación hasta los 70 ó 75 años? En el orden social hay que proveer a que las pensiones sean suficientes y crecientes, para que la vida no esté bajo la angustia de un futuro difícilmente asegurable por sí mismo, ante la labilidad del dinero y del ahorro propios. Hay que proveer a servicios sociales para aquellos ancianos que viven solos o en familia, sin hijos que los atiendan, construir residencias públicas donde al menos tengan aseguradas las necesidades fundamentales: comida, calor, higiene y compañía. En el orden cultural e ideológico, es necesario recrear una conciencia de la dignidad absoluta de la vida personal. No tiene mucho sentido seguir hablando eternamente de derechos cuando no enunciamos a la vez deberes, y sobre todo cuando no ofrecemos valores e ideales, convicciones y potencias de vida a partir de los cuales servir al prójimo sea la suprema gloria y constituya la máxima obra del hombre. Aquí habría que entrar en un gravísimo problema filosófico contemporáneo: a la vez que crece la preocupación por la vida de los animales decrece el interés por la vida de las personas. Junto a una legítima teoría de los derechos de los animales, urge pensar, reafirmar y reconocer públicamente la diferencia cualitativa y la primacía absoluta de la persona frente al animal. Una de las aportaciones decisivas de la Biblia a la historia de la humanidad es haber clarificado el mundo: hay sólo creador y creatura, sin que entre ellos medien extraños duendes, semidioses, semihombres, trasgos o meigas. En el mundo hay cosmos, animales y personas. La separación entre el animal y el hombre es un abismo, porque sólo el hombre es imagen de Dios, con capacidad de reconocerle, correspondiendo con inteligencia, amor y creatividad a su acción previa creadora, nacida de su condición amorosa. Todas las cosas son resultado del acto divino creador, pero sólo el hombre es «imagen de Dios». Dios le ha encargado el mundo al hombre para que cuide de él, lo admire y, en contacto con él, cumpla su destino. Dios y el hombre están referidos pero son inconfundibles; hombre y animal están referidos pero son inconfundibles. Esto, sin embargo, ya no es evidente; más aún, comienza a afirmarse lo contrario. Sin duda, les son conocidas las tesis del antropólogo Peter Singer[11], para quien el concepto de persona, definida por la eficacia, valor, conciencia, rentabilidad, no designa siempre a los humanos ni a todos los humanos, y en cambio designa a algunos animales en ciertos casos. Han sido resumidas entre nosotros por J. Mosterín en estas líneas: «La doble tesis de que todos los humanos tienen el mismo estatus moral y que todos los humanos tienen un estatus moral superior al de los no-humanos es insostenible, a no ser en base a prejuicios religiosos»[12]. La persona aquí no es un hecho previo a toda discusión, sino que se reconocerá tal en función de sus cualidades y condiciones de conciencia, rentabilidad o belleza. Éstas

[11] P. SINGER, *Liberación animal* (Madrid, Trotta, 1998).

[12] J. MOSTERÍN, *¡Vivan los animales!* (Madrid, Temas de Debate, 1998: 222).

pueden no existir en los hombres ya, o todavía no, y sin embargo, sí existen en ciertos animales. Ello daría los criterios para saber quién es persona y sujeto de derechos, en qué orden debe estar nuestra atención a ellos y cuáles son las primacías en los servicios.

La sociedad tiene que hacer surgir personas, grupos e instituciones que, en la libertad y generosidad, preparen a la población para la vejez, que transmitan saberes, ejerciten terapias y técnicas para que los ancianos asuman por sí mismos su quehacer y situación. Éstos, en la medida de lo posible, deben ser capaces de asumir nuevas tareas propias o servicios ciudadanos de acuerdo con sus posibilidades. La sociedad no puede desperdiciar esos talentos y destrezas, trabajos y sabiduría. Para ello, es necesario que la organización industrial, económica y política integre, además de los criterios de eficacia cuantitativa, los criterios de significación cualitativa, en un equilibrio que habrá que ir revisando cada día. No basta producir: hay que saber quién produce y para quién, con qué resultados humanizadores o deshumanizadores de las personas que trabajan, y de las que no trabajan. Por lo que se refiere a la Iglesia, ella está ante una inmensa posibilidad: otorgarles tareas en la trasmisión de la fe a las generaciones nuevas –mediante acciones educativas, cooperativas y apostólicas– a estas generaciones que crecieron en ella, la pensaron y ejercitaron. Ellas podrán comunicarla y transmitirla sobre todo a quienes, tras la ruptura del Concilio y los grandes cambios sobrevenidos en España, ya no la han recibido como hecho de vida natural en familia, en la escuela, en el ambiente y en la información pública. Hemos conocido ya a las abuelas enseñando a rezar y bautizando a los nietos, es decir, asumiendo la responsabilidad, propia de los padres, de educarlos en la fe, a los abuelos acompañando a los niños a la catequesis y a las guarderías, enseñandoles las prácticas de devoción trasmitidas antes en casa como hecho de vida y posibilidad de afirmación personal. Ésto, sin embargo, crea en su reverso un problema gravísimo, que hay que corregir por otro lado: que la fe aparezca sobre todo como algo propio o exclusivo de la infancia y de la vejez, viéndola situada en los extremos de la vida, cuando todavía no se ha llegado a la madurez y cuando ya se ha perdido plenitud. Esto, que es un problema real, porque haría surgir la idea de que sólo creen los que no saben todavía o los que ya no valen, no impide que los mayores tengan a partir de ahora una inmensa tarea y responsabilidad por delante en la Iglesia. La jerarquía debería aceptar este inmenso reto y pensar qué respuesta le da. La crisis de transmisión de la fe es quizás el problema más grave que tiene hoy la Iglesia. Preparar a muchos hombres y mujeres, que se jubilan a los 65, para que se incorporen a tareas eclesiales en la trasmisión de la fe, atención a la marginación, cuidado de enfermos, ayuda a personas solas y pobres, sería una inmensa conquista, primero para los propios interesados y luego para la sociedad entera.

La ONU ha declarado a 1999 «año internacional de los ancianos». Con ello se propone construir una sociedad «para todas las edades, lejos de caricaturizar a los ancianos como enfermos y pensionistas, sino considerándolos por el contrario agentes y beneficiarios del desarrollo». Juan Pablo II se ha adherido a esta iniciativa y ha encargado la redacción de un Documento y que ponga de manifiesto la dimensión religiosa y la tarea evangélica de esta celebración. El documento ha sido publicado, consta de 52 páginas y lleva por título: *La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo.* Espero que en él se dibujen las posibilidades ofrecidas por la fe a estas generaciones que envejecen en una sociedad donde ellos son más que los niños, y que a la vez los integre como protagonistas, ilusionados y eficaces dentro de sus posibilidades, en la misión de la Iglesia.

## LA VEJEZ COMO FASE DE LA VIDA Y QUEHACER DE LA PERSONA

El envejecimiento desproporcionado de la población que estamos viviendo en nuestros días, junto con la prolongación de la vejez durante decenios, agudizan un problema que ha existido siempre, porque el incremento de la proporción de jubilados y los años de duración de la vejez dificultan la solución. La vejez es aquella fase de la vida que confina con la madurez por un lado y con la muerte por otro, con la plena vitalidad creadora y con el desvalimiento absoluto. «La imagen vital del hombre viejo es la del hombre sabio: es el que sabe del final y lo acepta; es el que tiene una conciencia cada vez más clara de lo que sólo pasa, a la vez que de lo que no pasa y es eterno»[13]. El hombre comienza a sentir que tiene mucho pasado y poco porvenir; cada vez espera menos de la vida y se vuelve más exigente para con ella, al comprobar que no responde a las inmensas esperanzas que había proyectado sobre ella. El envejecimiento actual nos aparece en una perspectiva cuádruple: como *hecho demográfico* (la población envejece desproporcionalmente); como *suceso vital* (el envejecer me ocurre a mí); como *tarea personal* (yo lo tengo que realizar y cada vez más por mí mismo, porque cada vez voy a tener menos ayuda); como *proyecto moral* (yo tengo que imprimir un sentido a esta fase de mi vida, de forma que no me irrumpa desde fuera, sino que su sentido mane de dentro y yo se lo imprima a ella). La vejez nos pone ante dos límites y nos obliga a hacernos dos preguntas fundamentales: hacia atrás, por la vida ya vivida, y hacia delante, por la muerte vivible. ¿Qué son ambas y cómo las asumimos de forma que sean vida nuestra y muerte nuestra? De la aceptación y configuración de esta doble frontera, traída y atraída hasta el presente en la confrontación clara con

---

[13] R. GUARDINI, l.c. 99. Cfr. A. AUER, *Geglücktes Altern. Eine theologisch-etische Ermutigung* (Freiburg, 1995).

ellas, dependen el sentido y la dignidad personal de nuestra vejez, cuya caracterización no le viene de los achaques, debilidad o decaimiento progresivo, sino del talante con que conscientemente la asumimos y configuramos. La vejez puede ser vivida como lastimosa pérdida del tiempo o como gozosa aproximación a la eternidad.

Aunque son diferenciables, intento unir la responsabilidad ética (qué sentido tiene nuestra vejez) y la tarea pedagógica (cómo hacer para tomarla en propia mano, de tal forma que lleguemos a un envejecimiento, en primer lugar, normal y no patológico psicológicamente, en la medida de lo posible, y en segundo lugar, a convertirlo en una consumación personal de la existencia). Enumero de manera fragmentaria algunos puntos de estos inmensos campos que son la gerontología, la gerocultura y la gerioterapia personales.

## Situar y reconocer la vejez como hecho normal de la existencia

La primera exigencia es reconocer a tiempo que la vida está hecha de fases, que la van conformando cada una con su peso propio,en su momento y en su dimensión. Todas son esenciales, coextensivas e insustituibles, aportando cada una en su momento una riqueza especial, y debiendo quedar todas decantadas y transubstanciadas dentro de la persona. No se es niño, joven o anciano sólo en cada uno de los momentos cronológicos, sino que infancia, madurez y ancianidad son cada una explicitadoras de la vida personal y constitutivas del único sujeto. Hay unas dimensiones de la infancia, juventud y madurez que sólo pasan, pero otras, en cambio, que se integran en la entraña de la persona para siempre, que debemos conscientemente seguir manteniendo y cultivando. No se puede por ello absolutizar ninguna, anticipar ninguna, olvidar ninguna. El proyecto vital acontece en recuperación de lo vivido y en anticipación de lo vivible. Se anticipa la vejez en debilidad a la plenitud biológica, al prestigio público de la edad madura. Todos vivimos como quienes van a morir y somos fuertes como quienes llevan la debilidad en sus entrañas. La vejez no puede ser sentida como una venganza del sujeto débil contra el anterior fuerte, como un golpe asestado a destiempo, porque eso convertiría el vivir en una fuente de resentimiento creciente. Se es hombre en conciencia del límite y del destino de la vida. Ésta se ordena a la consumación personal en abertura a lo Eterno, y no sólo al agotamiento biológico y cronológico. Desde este punto de vista, la vejez es la fase en la que consumamos la vida. Una cosa es llegar al final como los ríos desembocan en la mar, los trenes entran en su estación término o las flechas dan en el blanco, y otra cosa es consumar el curso personal de la existencia. Al hombre le es dada la clara conciencia de su fin desde el

principio, el tiempo como materia de un proyecto y el fin como consumación de una obra hecha en libertad, bien electora por sí misma o bien respondente a una misión confiada. Ser viejo es, por tanto, recapitular, ordenar, decantar, preferir y consumar aquello que uno ha querido o tenido que ser en la vida. En alemán se establece una clara diferencia entre dos fórmulas: «*Ende der Zeit*», fin del tiempo que acontece por sí mismo; y «*Vollendung der Zeit*», que es el resultado de la acción libre, consciente y activa del hombre.

## Aprender con tiempo a envejecer

En realidad, como todo lo perteneciente a los estratos personales de la existencia, la vejez sólo parcialmente se puede programar. Ella es el resultado natural de la vida entera. Envejece el hombre que ha sido a la luz de lo que han sido los fundamentos, hontanares y objetivos de su existencia, ya que el curso vital difícilmente se tuerce por real decreto a partir de los años en que oficialmente se entra en esta fase de la vida. «Yo elogio aquella vejez que descansa sobre los fundamentos de la juventud» [14]. El *ars moriendi* no es otro que el *ars vivendi:* da un sentido al fin lo que da un sentido al comienzo, al trascurso y a la conclusión. Y, sin embargo, cuando alguien todavía con suficiente salud física y psíquica se enfrenta con el futuro puede situarlo y ordenarlo, acompasando sus actuaciones para que el envejecer acontezca con aquella dignidad y autoridad, sabiduría y paz que le deben ser propias y que pueden relumbrar incluso en medio de la debilidad física o de la degradación de nuestros órganos por el dolor, la enfermedad o la operación quirúrgica. Aprender a envejecer significa ante todo consentir a la edad, reconocer sus tentaciones, sus límites y también sus posibilidades. No está fundado el consabido retrato negativo del viejo hosco, egoísta, agrio, egocentrista. Los caracteres, como los vinos, no todos se agrian con el tiempo, decía Cicerón [15], sino que, lo mismo que los vinos buenos al envejecer se purifican en sabor, así los hombres buenos acrecientan en saber y en bondad. Todos hemos conocido viejos en quienes brillaba una paz, un sosiego, una majestad y una esperanza ante el futuro que quedaron para nosotros como el legado más sagrado de su vida.

---

[14] «Tened presente que en todo este discurso mío, yo elogio aquella vejez que descansa sobre los fundamentos de la juventud. De lo que resulta aquello que dije una vez con aplauso de todos: que es mísera la vejez que se defiende con palabras. Ni canas ni arrugas pueden repentinamente conferir autoridad: antes bien la vida anterior pasada honorablemente recoge la autoridad como último fruto». CICERÓN, *Sobre la vejez,* XVIII, 63.

[15] «¡Cuánta rigidez en uno, cuánta afabilidad en otro! Esta es la realidad: Así como no todos los vinos se agrían con los años, tampoco todos los caracteres». *Sobre la vejez,* XVIII, 65.

## Anticiparse o prevenir las tentaciones de la vejez

Ellas resultarán de la real marginación, depreciación, reclusión tanto física como social, pérdida de vigor físico y prestigio o autoridad públicas, que implican una negación del sujeto que antes se ha sido. De todo ello el individuo querrá defenderse y proyectará su situación en acusación contra los demás o se volverá agresivamente en ira o desprecio contra sí mismo. He aquí algunas de las propensiones o tentaciones a las que inclina la vejez, que descubrimos como tales cuando todavía no somos viejos, y difícilmente reconoceremos cuando ya lo seamos. *a)* Rencor contra la vida. *b)* Envidia de la juventud. *c)* Resentimiento contra lo nuevo y contra los nuevos. *d)* Exasperación contra el entorno. *e)* Absolutización del tiempo y vida propios, recordados ahora con nostalgia, contados con repetición, impuestos como única historia real. *f)* Desprecio de sí mismo con abandono vengativo, y olvido del cuidado y cultivo personal. *g)* Rechazo del fin, en el aturdimiento que lo niega o en el odio al poder que lo impone.

## Encontrar la actitud auténtica ante ella

En una cultura que absolutiza el vigor físico, el placer físico, el lustre físico, y que encubre la decadencia, los años que pasan son el ángel vengador al que uno intenta sustraerse. Cuatro suelen ser las actitudes fundamentales ante ella: *a)* La negación, que se expresa como encubrimiento estético o represión violenta. *b)* La trivialización, que no asume las consecuencias, las responsabilidades y las posibilidades específicas, pretendiendo una juventud y capacidades inexistentes. Ser viejo es un deber y una misión que se puede asumir o traicionar, constituyendo un pecado de omisión, al de jar de aportar a la familia y a la sociedad palabras, valores y actitudes que otras edades no pueden aún poseer y que los mayores pueden y deben hacerle posible descubrir. *c)* La actitud trágica, que la considera una violencia o una injusticia y, encarándose con ella, decide serle superior por evitación de la vida, amenazando con disponer uno de ésta en el momento debido. El suicidio es entonces la tentación, enmascarándose bajo la capa de libertad para decidir sobre sí, de dignidad ante la degradación previsible, o de venganza encubierta contra el prójimo [16]. *d)* La realización personal, que en consentimiento asume sus posibilidades, acepta sus límites y se confía al poder que la funda y dirige, aceptando quedar a merced de los demás, de los otros, y sobre todo del Otro. Quien cree en

---

[16] «De lo que resulta que aquel breve resto de la vida que les queda ni han de apetecerlo los ancianos ni han de renunciar a él sin motivo; y Pitágoras prohíbe que sin permiso del general, o sea de Dios, nadie abandone la guardia y el puesto de la vida». CICERÓN, *Sobre la vejez,* XX, 74.

Dios, confía en que él, que está en el origen como benevolencia creadora, estará también en el fin como benevolencia acogedora [17]. *e)* Paso de la actitud ética a la actitud religiosa, viviendo el propio destino «delante de Dios» y dejándolo confiado a sus manos [18]. El salmista en la Biblia ora así: «Señor tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos». Y serenado deja el propio destino en sus manos, ante el sueño de cada noche y ante el sueño de la muerte: «En paz me acuesto y en seguida me duermo, porque aunque esté solo tú, Señor, estos conmigo». Todo el que se confía a un Poder que lo llama, se entrega a él, y a él como Sagrado se abandona, ese está realizando un acto de fe, y en el fondo viviendo cristianamente la muerte [19].

## Descubrir y cultivar sus posibilidades positivas

La vejez tiene que haber sido columbrada primero, avistada después y asumida finalmente como algo que nos toca en suerte, que contiene unas posibilidades y responsabilidades que allí tenemos que cumplir. La vida tiene sus tiempos; la gracia, su medida y la verdad, su ocasión: no podemos forzar el cambio ni alterar el orden. La finitud no es soberana absoluta de sí misma, está confinada por su contingencia en el tiempo y en el lugar, pero puede sacar el máximo rendimiento de ellos. Me gustaría recoger aquí algunas de las máximas que la literatura universal nos ha dejado, desde los libros sapienciales de la Bíblica a Platón y Cicerón en la antigüedad, y a los grandes autores que nos han legado memorias de vida. Por ejemplo, Goethe, en *Dichtung und Wahrheit* o, en nuestros días, Santiago Ramón

---

[17] Así define la fe Kierkegaard: «La fe consiste en que el yo, siendo sí mismo y queriéndolo ser, se fundamenta lúcido en Dios», *La enfermedad mortal,* en *Obras y papeles,* VII (Madrid, 1969: 161). «Por fe entiendo yo aquí lo que con mucha exactitud consigna Hegel en alguna parte de su obra, a saber, la certeza interior que anticipa la infinitud». ID., *El concepto de la angustia,* VI, 282.

[18] Sólo hay dos actitudes humanas radicales: la de quien se acoge y fundamenta desde un poder que lo funda y envía (fe), y la de quien se absolutiza a sí mismo como origen, fundamento y fin (pecado originario). Por eso, la alternativa a la fe es el pecado. «Esta típica oposición cristiana entre pecado y fe es la que transforma, cristianizándolos, todos los conceptos éticos, los cuales reciben con ella un relieve más profundo. El motivo radical de esta oposición no es otro que el cristianamente decisivo encerrado en esta expresión "delante de Dios", la cual representa a su vez la categoría conceptual que contiene el criterio decisivo de todo lo cristiano». S. KIERKEGAARD. *La enfermedad mortal,* VII, 160.

[19] «Si el pecado es, en efecto, egocentrismo, afirmación prometeica del propio yo como ilimitación y desmesura negadora de la propia contingencia, allí donde se acepta en libertad y liberalidad la muerte cual límite del ser, allí se está realizando un acto de no-pecado; se está viviendo cristianamente la muerte. Se está confesando (atemática e irreflejadamente, pero realmente) la auténtica divinidad en la ratificación pragmática de la auténtica humanidad, aprehendida con impar certidumbre en la sumisa admisión de la contingencia constitutiva». J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *El último sentido. Una introducción a la escatología* (Madrid, 1980: 153).

y Cajal o Luis Buñuel, Gadamer, Ricoeur o Bobbio, en sus *Memorias* o en sus respectivas obras *De senectute*. Valores y oportunidades de la vejez son: la dignidad templada de cortesía *(comitate condita gravitas)*, mesura y serenidad *(moderatio, aequitas)*, la prudencia y la lealtad *(fides et humanitas)*, la libertad, el sosiego, la soberanía, el tiempo libre, la abertura confiada a la eternidad, la rendición agradecida de la existencia a quien nos la entregó. En ella uno «manda» las posesiones, destina los haberes y sobre todo se ejercita en el consentimiento al hecho supremo: su puesto en la existencia. La pregunta es cómo vamos a utilizar esos valores, límites y tiempo de la vejez. Ante todo, no imputar a la vejez los propios defectos de cada uno [20], mantener la ilusión por seguir aprendiendo, reafirmar la verdad de los principios y valores para los que hemos vivido, ensanchándolos y corrigiéndolos, servir a otros prójimos que pueden necesitar nuestros saberes, destrezas o posesiones, ofreciéndoselas gratuitamente. Recojo dos consejos que da Cicerón cuando escribe: «Observo la costumbre pitagórica de recapitular por la noche todo lo que durante el día he dicho, hecho u oído» [21]. El anciano debe, sobre todo, permanecer trabajando en confiada gratuidad, plantando árboles que den frutos en otra generación, cuando él ya no esté. ¿Para quién planta árboles el labrador?, pregunta Cicerón: «Para los dioses inmortales que no sólo quisieron que yo heredara estos bienes de mis mayores sino también que los transmitiera a mis descendientes» [22]. No me refiero sólo a legar riquezas, sino sobre todo a legar experiencias de vida, sabiduría de la existencia y acrecentamiento de realidad, siendo autores. No retener, sino dejar y dejarse. Cuando el viejo ya no tiene poder *(potestas)* debe tener autoridad *(auctoritas)*, por ser creador generoso.

Evidentemente, ciertas posibilidades de la vejez son proporcionales a la capacidad cultural y económica de cada anciano. Quienes disfrutan de pensiones altas o patrimonio familiar podrán viajar por el mundo, descubrir órdenes nuevos de realidad, aprender lenguas, nuevas técnicas y posibilidades que otros no podrán alcanzar. Pero más decisiva todavía es la capacidad cultural. Quien ha tenido buena formación tiene capacidad de lectura, de descubrimiento de nuevos mundos, de invertir el tiempo consigo mismo. Sobre todo, tiene el horizonte abierto quien ha cultivado antes la interioridad, la intimidad consigo mismo, la relación con Dios. En la nueva situación, no se quedará sin fundamentos: esos mundos espirituales, interiores, divinos, le invitan a seguir explorándolos. Sus fondos son inagotables y su verdad cada vez más admirable. El problema más grave es el del tiempo libre, que

---

[20] «Los necios imputan a la vejez sus propios defectos y su culpa». CICERÓN, *Sobre la vejez*, V, 14.

[21] CICERÓN, *De Senectute*, XI, 38. Traducción española: *Catón de la vejez* (Barcelona, Bosch, 1985: 81).

[22] CICERÓN, 1, c. VII, 25, pág. 54.

la mayoría de los pensionistas no saben en qué invertir, dónde ir, cómo «matar» el tiempo para que el tiempo no los mate a ellos. Quienes no han tenido cultura, y sobre todo quienes no han descubierto ni cultivado antes su mundo interior y no se han aposentado en la propia intimidad, ahora no sabrán qué hacer consigo mismos e irán trasladando su aburrimiento de lugar en lugar. Desde aquí aparece cómo la formación humana, desde el comienzo, debe preparar, ante todo, para ser personas, luego profesionales de un saber, después realizadores de una misión histórica en lugar y tiempo. Debe preocuparse de que cada uno de esos tres niveles (persona, profesión, función) no agote a los otros, y de que la persona, en un momento dado, pueda totalizar la vida del sujeto cuando la función y la misión pasen a segundo plano. Por ello, la cultura se convierte en el factor decisivo en las sociedades futuras: primero, para su movilidad; segundo, para liberarlas de fundamentalismos y absurdos nacionalismos violentos; tercero, para rescatar a los hombres de la degradación que el trabajo muchas veces implica, haciéndoles posible conservar un universo personal, idear tareas acordes con sus deseos profundos, cultivar su interioridad, su vida moral y religiosa; en una palabra, su dimensión de absoluto. Ortega y Gasset, comentando la teoría de Toynbee [23] sobre el reto y la respuesta, afirmaba que ésta no se puede improvisar cuando llegan los grandes desafíos históricos, y que son las capacidades culturales de un pueblo las que le permiten asumir el reto y crecerse ante él o, por el contrario, quedar arrollado y degradado por él. Sólo son capaces de dar una respuesta victoriosa ante los retos aquellas civilizaciones que tienen de antes y traen de lejos un caudal profundo y dinámico de cultura [24].

## Asumir el juicio de la vida y la presencia de la muerte

El hombre limpio y libre vive consciente de que no es dueño de la realidad, sabe de sus límites y de sus culpas, no desconoce el futuro, no se lo apropia, no lo rechaza. Sabe también que la verdad no adviene con violencia, sino que está siempre apareciendo en nuestra conciencia y que si no la reprimimos se nos manifiesta. Esa aparición de la verdad es ya el juicio. La vejez es el tiempo que Dios nos da para que, reconociendo su verdad y nuestra realidad, podamos adecuarnos a ella, de construir lo falso, restaurar lo frágil y reconstruir lo deficiente. Dios no juzga como una instancia exterior, sino como la verdad inherente al hombre que por

---

[23] A. TOYNBEE, *Study of History* (Londres, 1933), sintetizada por Sommervogel en tres pequeños volúmenes (Londres, 1946 y Madrid, Alianza, 1986).

[24] J. ORTEGA Y GASSET, *Una interpretación de la historia universal: en torno a Toynbee* (Madrid, 1989: 233-234 y 240).

fin se nos hace patente en todo su esplendor ya innegable, haciendo explícito a nuestros ojos lo que en el fondo ya sabíamos, por más implícito o reprimido que lo tuviésemos. Si nosotros fuéramos capaces de volver la mirada a nuestra vida y ponerla ante los propios ojos, anticiparíamos por nosotros mismos la sentencia de Dios cuando todavía hay tiempo de rehacer los hechos. Eso es lo que religiosamente llamamos el juicio final. R. Guardini escribe: «Juicio significa que las cosas salgan del velamiento de la charlatanería, de las confusiones de la mentira y violencia, siendo llevadas al puro poder de la verdad de Dios, que ni engaña ni es engañado. En la auténtica vejez tiene lugar una especie de preparación a ese juicio que ocurrirá después de la muerte en presencia de Dios» [25].

## Adentrarse hasta el Misterio, que nos desborda y nos sustrae

La madurez ha supuesto el descubrimiento de que nuestra existencia nos desborda, de que hemos sido emplazados en lugar y tiempo, de que se nos han dado unas posibilidades y responsabilidades. Somos anteriores y superiores a nosotros mismos. Estamos confiados, a la vez que sustraídos, a nuestra propia libertad. Todo es nuestro y a la vez todo es don; todo depende de nosotros en un sentido y todo nos es impuesto en otro. Al hombre sólo le caben dos posturas: bien el rechazo del sentido al que sigue la perplejidad absoluta ante la existencia, que en ciertos casos se modula como acusación y desesperación; o bien el consentimiento agradecido y responsivo ante ella. Esta segunda actitud –propia de quien, dejándose guiar por un poder superior, le otorga confianza, desiste de su propia consumación y se entrega a él– es la que antes hemos definido como fe. La pregunta por Dios se hace inexorable en la vejez. No es bueno que la Iglesia la presente o urja sobre todo en esa fase, porque entonces Dios iría unido a las situaciones de indigencia, debilidad y muerte, con la inevitable sospecha de que Dios sólo vale para la muerte, y de que no es real o necesario en la vida, de que Dios es sólo otro nombre para nuestra indigencia y el deseo de inmortalidad. Por el contrario, la pregunta por Dios debe ir unida a los momentos cumbre y de plenitud de nuestra vida [26]. Pero el que no deba plantearse en ese momento con presión ni angustia no quie-

---

[25] L.c. 144.

[26] Zubiri ha insistido, con toda razón, en este aspecto: «El cristianismo se dirige primariamente al ser entero del hombre y no a su caída en pecado y menos aún a las fallas de su vida. El cristianismo no es la argamasa que remienda las fisuras de la vida. El cristianismo dirá al hombre actual que su vida es lo que es precisamente porque el ser del hombre es deiforme; y lo es no en sus fracasos, sino primaria y principalmente en sus propios logros. Y entonces una cosa es clara. El punto de coincidencia entre el hombre actual y el cristianismo no es la indigencia de la vida sino su plenitud». X. ZUBIRI, *El problema teologal del hombre: el cristianismo* (Madrid, 1997: 19).

re decir que no deba plantearse. Es comprensible que los impulsos biológicos, la totalidad de la vida abierta y la pasión de la conquista lleven al joven a olvidar otras preguntas y a negar otros horizontes, pero el anciano no puede negarlos ni prescindir de ellos. La vejez nos pone así ante la verdad definitiva, aquella que relativiza o consuma todo lo anterior, le confiere una belleza que no se marchita, por ser imperecedera objetivamente, o lo reduce todo a cenizas. Por ello, la oración es la actitud determinante de la vida del anciano: la oración proporcional a su vida entera, aquella que le sale de las entrañas de su vivir. Confiada y acostumbrada si la ha ejercitado, dubitativa y ceceante si ya quizá ni siquiera recuerda textos con que orar. De nuevo, Guardini escribe:

*Envejecer significa acercarse a la muerte: cuanto más viejos más cerca. En esa proximidad sale a la superficie la roca viva de la existencia. Se presentan cuestiones primitivas: la muerte ¿es la disolución en el vacío o el tránsito a lo auténtico? A esto sólo da respuesta la religión. Malo es envejecer sin la fe en Dios. Esto no lo elude ningún modo de hablar. El núcleo de la vida del anciano sólo puede ser la oración, cualquiera que sea la forma que tome*[27].

La pregunta, la preocupación, la ejercitación religiosa se plantean como centrales en la vida del anciano. Por eso me maravilla que quienes han hecho las encuestas que cita el profesor Segovia Arana pregunten a los ancianos por las más diversas maneras de invertir su tiempo –desde fumar a leer el periódico–, y no les pregunten por su práctica religiosa, lectura espiritual, tiempo de oración, a las que de hecho dedican no pocos ratos y mucha atención personal. He ahí un ejemplo concreto de represión real de cuestiones profundas en nuestra cultura de las que depende una configuración fundada o desfondada del envejecer.

## CONCLUSIÓN

1. *La conjunción de dos problemas: circunstancial uno, perenne otro*

2. *La necesidad de una antropología nueva, y no sólo de una economía nueva*

3. *El desafío de la historia, la gracia de Dios y el esfuerzo del hombre: tres lados que configuran nuestra responsabilidad*

El envejecimiento demográfico saca a la luz un problema circunstancial y un problema perenne: cómo configurar el final de nuestros días y cómo descubrir

[27] L.c. 116.

el fin de nuestra vida. Es un dato esencial de la vejez que quien llega al final de la vida (πέραζ) se pregunta inevitablemente por el fin, es decir, por el sentido y contenido de la vida (τέλοζ), que concluye con tal debilitación y su negación aparente por la muerte. Una sociedad que quiera responder al reto contemporáneo del envejecimiento de la población tiene que actuar en múltiples planos: desde la economía y el derecho a la cultura, la ética y la religión, porque lo que está en juego es el vivir y el morir, el sentido de la vida personal o su negación por la muerte, la configuración de la propia existencia y la relación con los demás, la organización de la familia y el plan de la natalidad, la integración de la mujer en el trabajo y la capacidad para engendrar o el miedo a la vida por no saber qué contenidos otorgarle, cómo educar a los hijos y cómo iniciarlos en el sentido de la existencia. Al anciano de nuestros días hay que corresponderle con servicios y pensiones, pero a la vez hay que responderle a aquellas necesidades que sólo se superan desde entregas personales, desde renuncias vividas y desde la abertura a lo eterno. Y ésta es la última cuestión: ¿qué cultura o qué fe son capaces de suscitar esas actitudes y servicios, conducirnos a estas renuncias de unos para atender a los otros, de manera que la existencia no sea sólo una lucha por la propia afirmación, sino también una responsabilidad por el prójimo y con el prójimo? Nuestra cultura ha hecho grandes conquistas en el orden de la libertad; ahora bien, yo espero que no las pague con una inmensa soledad colectiva. Yo confío en que a la multitud solitaria de las grandes ciudades no sucedan los individuos solitarios en los pisos cerrados o en las residencias anónimas.

Como teólogo y creyente, me permito concluir con una serena esperanza en el hombre y una confianza optimista en la sociedad: donde crece el peligro abunda la salvación, y donde la tiniebla se adensa siempre irrumpe un rayo de claridad. Mi libro *Madre y muerte* concluía con una sentencia griega repetida por Hegel y otros muchos filósofos –«*Hic Rhodus hic saltus*»– para indicar que aquí tenemos un reto al que hemos de corresponder con generosidad y dignidad. Pero mis propias palabras últimas entonces, y sean las de hoy también, eran éstas:

> *Toda nueva era, toda cultura nueva y toda fase nueva de la vida personal nacen de un amor y de una ruptura, de una memoria y de una decisión hacia el Futuro. El creyente se adentra en él, sereno y confiado, porque cada tiempo y toda misión tienen su gracia propia. Mi madre lo hubiera dicho más lacónicamente: «Dios da la ropa según es el frío»*[28].

La sabiduría popular ha unido estas dos perspectivas: por un lado, la convicción de que ninguna situación histórica supera objetivamente las posibilidades

---

[28] O. González de Cardedal, *Madre y muerte* (Salamanca, 1993: 261).

morales y técnicas del hombre para tomarla en propia mano y no sucumbir ciegamente a ella, pero a la vez la convicción de que ni el curso de la naturaleza ni la providencia de Dios actúan al margen de la cooperación del hombre, de modo que la historia es una misteriosa sinergia de proyecto divino, objetividad natural y acción libre de los hombres. Para afirmar ese admirable acompasamiento de la gracia divina a la tarea humana, dice Don Quijote: «Dios, que da la llaga, da la medicina» [29], mientras que para mostrar que es necesario el trabajo del hombre y que por lo duro se llega a o sublime *(per aspera ad astra)* y que ninguna isla se conquista sin renuncias, sacrificios y azotes previos, Sancho añade: «Yo entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, por que no se toman truchas a bragas enjutas. Y no digo más» [30].

[29] II parte, capítulo 19.

[30] II parte, capítulo 71.